

IN MEMÓRIAM:
JUAN ÁLVAREZ-CIENFUEGOS FIDALGO

Amigo, profesor, colega

Adán Pando Moreno
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Era, si la memoria no me traiciona, una tarde de marzo de 1999; el Dr. Gerardo Bocco, todo amabilidad, había invitado a comer a un grupo de personas de lo más diverso y divertido. Ya en la sobremesa escuché a alguien de inconfundible acento español:

—¿De qué región eres?

—De Asturias, de un pueblito que se llama Mieres. Acabo de llegar, todavía no se me cae el pelo de la dehesa.

Y fluyó la plática: “Entonces, ¿tu padre era asturiano?... Sí, ya había estado en México, en Tijuana... Bien, muy bien. Bueno, tengo agujetas en los hombros porque como no me entienden lo que pido en las tiendas tengo que estar señalando con los brazos cada cosa que quiero”... En ese momento nos hicimos amigos, sólo después me enteraría que iba a ser mi profesor en la maestría en Filosofía de la Cultura.

En ese entonces, hace casi veinte años, le dimos la bienvenida al Dr. Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo a México. Hoy tenemos que despedirnos.

El Dr. Álvarez-Cienfuegos llegó a México como parte del Programa de “Incorporación de doctores españoles a universidades mexicanas”, a principios de 1999. El compromiso inicial era de dos años en el programa pero, por fortuna, Juan —como siempre le dijimos colegas y amigos— se quedó

dos décadas. Siempre tuvo un sentimiento de gratitud hacia México porque le brindó la oportunidad de un desarrollo profesional que no hubiera podido tener en España o que, si acaso, hubiera tardado muchos años.

En todo ese tiempo, y, de hecho, desde que comenzó su carrera académica en España, el Dr. Álvarez-Cienfuegos pasó por todas las facetas del quehacer académico: impartió cursos y conferencias, preparó programas, alistó antologías, revisó trabajos, asentó calificaciones, lidió con el SIA, dirigió tesis, fue sinodal, a veces padeció y otras admiró a los estudiantes, organizó seminarios y coloquios, tuvo intervenciones radiofónicas, fue ponente en congresos, escribió reseñas, coordinó libros, escribió y publicó libros y artículos, participó en comisiones académicas, coordinó la maestría en Filosofía de la Cultura, dictaminó artículos, fue codirector de esta revista *Devenires*, estuvo presente en las tareas de la academia y en la vida universitaria de la comunidad. Y si bien aborrecía la burocracia y el papeleo, nunca rehuía la *talacha* propiamente académica. Si menciono esto no es por un intento de recensión, inútil por lo demás, sino porque estas aparentes minucias lo retratan en un aspecto de su ser diario: íntegro, prolijo, modesto como persona y como profesor, era esa clase de intelectual universitario que sabe que esto de la docencia y la investigación es una responsabilidad que implica necesariamente un trabajo concreto, casi menestral. Trabajos, a veces considerados menores, pero asumidos con una disposición ética, muy mayor, sin las cuales no hay oficio.

Fue profesor de bachillerato (en San Sebastián, España), y de licenciatura y posgrado en la Facultad de Filosofía y en el Instituto de Investigaciones Filosóficas así como ocasionalmente de otras Facultades de la UMSNH y, como profesor invitado y conferencista, en otras universidades del país. Del mismo modo, dirigió tesis de los tres grados, de personas que ahora somos profesores de la Facultad.

A Juan le interesaba todo. Lo cual hacía tan amena su conversación pero dificulta dar cuenta de los temas en que pensaba. Por supuesto, sus cursos, los temas de tesis y sus publicaciones son una muestra de sus áreas de interés pero queda la sensación de que eran sólo la punta del iceberg.

Las Indias, la cuestión del indio, la guerra justa, las artes de marear, bioética, la muerte, los derechos de los animales, la sociobiología y su crítica, las utopías, la modernidad, el pensamiento alemán del romanticismo y sus ecos en el siglo XX, la historia conceptual, la izquierda, la perspectiva y Alberti en el Renacimiento, y un muy largo etcétera. De entre todos estos ámbitos de reflexión quiero destacar los siguientes cuatro conjuntos, aparte de su relevancia intrínseca, porque sobre ellos impartió cursos y publicó aquí.

El primero, que tiene que ver con su tesis doctoral *La cuestión del indio: Bartolomé de las Casas frente a Ginés de Sepúlveda* (publicada en primera edición por Jitanjáfora, 2001, y en segunda por la UNAM, 2010), fue una especie de *lobby* que le abrió puertas a varias problemáticas, algunas de las cuales no abandonó nunca: la modernidad temprana, la guerra, la guerra justa, la conquista española, el pensamiento político de esa época.

Un segundo gran tema, que incluso quiso promover como una línea que pudiera ser distintiva de nuestra Facultad de Filosofía: el tiempo (por ejemplo, en el libro que él coordinó y en el cual fue autor, *Tiempos de la creación y del pensamiento*, 2014). No trataba de agotar el tema del tiempo —él sabía que hubiera sido vano—, sino de mapearlo a través distintas visiones filosóficas e interdisciplinarias. De las iniciales distinciones más o menos abstractas, se fue inclinando más por la cuestión de la aceleración y la lentitud y, desde aquí también, aparecería ya el tema del tedio que estudiaría por varios años. El tedio, el aburrimiento, la espera, fue tal vez la última configuración temática de la que el Dr. Álvarez-Cienfuegos alcanzó a publicar (“De las formas de aburrimiento al aburrimiento como resistencia”, en *Devenires* Núm. 36), un análisis profundo que arranca del pensamiento heideggeriano y lo devela en la literatura, con la inevitable marca de la experiencia personal y la autorreflexión.

Y, claro está, el gran tema siempre presente del Fausto, los Faustos, arquetipo en el que se anudan multitud de motivos culturales modernos que, revestidos de forma artística (literaria, operística, iconográfica), se nos prestan a la reflexión: la religión, la ley, la naturaleza, las pasiones, el

destino, la naturaleza humana, Mefistófeles... (*Tiempo, clasicismo y modernidad en el Fausto de Goethe*, coordinado por el propio Dr. Álvarez-Cienfuegos, el Dr. González Di Pierro, el Dr. Pineda Santoyo y el profesor Briceño Figueras, 2012). De algún modo, lo volvió a acercar a la cuestión de la modernidad por otra vía: el pensamiento romántico alemán, las vicisitudes de los Faustos, los otros personajes arquetípicos de la modernidad, por donde se conectaba con sus reflexiones sobre el Quijote.

Mas había otras líneas, tal vez poco notorias en un *currículum* oficial, y no obstante de la mayor importancia. El Dr. Álvarez-Cienfuegos era un especialista —me atrevo a afirmar, uno de los mejores especialistas— en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio. Sólo escribió un par de artículos especialmente dedicados a este autor español, nunca impartió un curso, pero su obra aparecía en muchas antologías y era referencia constante por escrito y oralmente. Algunas veces tuve la alegría de ver a Juan realmente eufórico, una de ellas, cuando la selección de fútbol de España ganó la Copa Mundial —ahora pienso que quizás exageraba—; la otra, cuando le otorgaron el Premio Cervantes a Rafael Sánchez Ferlosio —ahora pienso que quizás se contuvo—. Junto a ello, los temas que hubieron de quedarse en el tintero, por ejemplo, la sombra, curso programado y preparado a conciencia cuya impartición no pudo concretar.

Por ello, sus aportes a la filosofía y a nuestra comunidad filosófica van mucho más allá y en un sentido distinto del de los consabidos “indicadores” de productividad. De Juan se aprendía en el aula como alumno, por sus clases y su oficio, también se aprendía en las pláticas de pasillo como colega, y se aprendía siempre de su actitud, de su actitud ante la vida.

Una actitud cuyo rasgo distintivo era el sentido del humor. No exagero al decir que todos quienes lo tratamos se lo reconocíamos. Un sentido del humor en abanico que podía ir desde el chiste popular hasta el sutil aforismo (por algo le encantaba Lichtenberg). Su sentido del humor no buscaba la comicidad, la carcajada —aunque era muy bienvenida si aparecía—, iba más lejos, buscaba la complicidad de la sonrisa. A fin de cuentas, la risa es un fenómeno acústico y la sonrisa un fenómeno visual,

implican diferentes formas de interlocución. Dice don Alfonso Reyes que “La sonrisa es más interior; tiene más espontaneidad que la risa; es menos solicitada desde afuera... La sonrisa es, filosóficamente, más permanente que la risa”. Y agrega: “La sonrisa es, en todo caso, el signo de la inteligencia que se libra de los inferiores estímulos”. Así era, un sentido del humor parte heredado de los campos de Asturias y parte cultivado, de ingenio, irónico, incluso cínico en lo privado, y con la admirable capacidad de poder reírse de sí mismo; un sentido del humor como último recurso de libertad si no ante los “inferiores estímulos” sí al menos contra las inexorables paradojas y golpes del mundo. Aprender a tener y a contar que se tienen “agujetas en los hombros”, una actitud ante la vida y ante la muerte.

Hoy, decía, tenemos que despedirnos de Juan. El 18 de enero pasado el Dr. Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo cambió su modo de existir entre nosotros. Él ya no espera, creo; en cambio nosotros nos quedamos con esa inefable nostalgia de esperarlo aun sabiendo que no lo volveremos a encontrar en los pasillos o en el café. Su sonrisa permanece. Ya no está pero no se ha ido.

